

PRESENTACIÓN

Como todo empeño taxonómico, este diccionario es un intento de codificar, unificar y ordenar. Los coordinadores de este diccionario buscamos dar vida a esta taxonomía y hacer un retrato de un momento en los estudios culturales latinoamericanos. Este diccionario se hilvanó a la distancia, es un trabajo transnacional a través de la frontera México-Estados Unidos y con la colaboración de intelectuales de diferentes disciplinas, cuyos lugares de trabajo abarcan todo el hemisferio americano y algunos centros de la diáspora latinoamericana en Europa, como Barcelona. El entusiasmo con que autores de diferentes países, disciplinas, generaciones y situaciones laborales se unieron a nuestro proyecto se refleja en la riqueza y diversidad de las definiciones.

El término *estudios culturales* se usa para referirse a un abanico de metodologías interdisciplinarias de investigación. En este diccionario nos ocupamos específicamente del área de los estudios culturales latinoamericanos, una empresa interdisciplinaria y multifacética enfocada en la cultura latinoamericana. Ofrecemos definiciones de cuarenta y ocho términos provenientes de paradigmas diversos que consideramos fundamentales para quien se acerque al campo.

Éste es el primer diccionario de estudios culturales latinoamericanos. Un antecedente importante es el texto *Términos críticos de la sociología de la cultura* coordinado por el argentino Carlos Altamirano que es sumamente útil, especialmente para quien se acerque a la investigación de procesos culturales desde las ciencias sociales. Aunque comparte cierta genealogía teórica con los estudios culturales, a diferencia de la perspectiva ampliamente interdisciplinaria de éstos, la sociología de la cultura se ubica firmemente en el ámbito de las ciencias sociales, mientras que los estudios culturales abarca y vincula disciplinas múltiples a través de las humanidades y las ciencias sociales.

Los diccionarios de estudios culturales que han sido publicados en inglés –como el *Diccionario de teoría crítica y estudios culturales* de Michael Payne que ha sido traducido al español– han ignorado la producción y debates latinoamericanos y varios términos incluidos en este diccionario (por ejemplo,

“ciudad letrada”, “transculturación”) tienen genealogías específicamente latinoamericanas.

Debemos apuntar que partimos de una visión amplia y abarcadora de América Latina, que incluye Hispanoamérica, Brasil, el Caribe (incluyendo el Caribe francófono y el anglófono) y las diásporas “latinas” de Estados Unidos y Canadá, cuya vida cultural se realiza tanto en lenguas indígenas como en las *linguas francas* de la región (español, inglés, francés y portugués).

En la selección de términos para incluir en este proyecto, privilegamos aquellos que tienen una presencia importante en el campo de estudios culturales latinoamericanos y que funcionan como referentes en más de una disciplina. Quedaron afuera una docena de términos que aun si eran importantes no parecían cruzar fronteras disciplinarias con tanta plasticidad, o no entraban con frecuencia en los debates del campo. Algunos son conceptos básicos de los estudios culturales contemporáneos (“cultura”, “industria cultural”, “género”, “modernidad”, “poscolonialismo”); otros son términos de resonancia especial para los estudios culturales latinoamericanos (“hibridez”, “latinoamericanismo”, “heterogeneidad”). En general, las definiciones consisten en un resumen de los significados y usos del término en los estudios culturales, una discusión de sus acepciones particulares y debates, en torno suyo, en los estudios culturales latinoamericanos y, finalmente, una lista básica de lectura sobre el tema. También incluimos una bibliografía general, la que puede servir como referencia general para el campo.

El énfasis de las entradas está en la genealogía de los términos y también en su influencia en la praxis de estudios culturales en el continente. Nos interesa resaltar la trayectoria de los estudios culturales latinoamericanos y también su potencial político (izquierdista, antihegemónico) y transformativo –un interés que, por otro lado, siempre ha dominado la crítica cultural latinoamericana–. La otra característica fundamental de los estudios culturales latinoamericanos es que se ocupan de las culturas (o subculturas) tradicionalmente marginadas, incluyendo las de los grupos subalternos o de comunidades de alguna forma desprestigiadas por su raza, sexo, preferencia sexual, etc., y toman como objeto de estudio toda expresión cultural, desde las más cultas hasta las pertenecientes a la cultura de masas o a la cultura popular.

Esta introducción tiene dos partes bien definidas. En la primera establecemos una genealogía de los estudios culturales latinoamericanos abrevada en sus diferentes tradiciones fundadoras, que concluye con una valoración de la importancia de los estudios culturales en México. En la segunda nos enfocamos en las polémicas contemporáneas sobre los estudios culturales latinoamericanos y en su inserción institucional en el ámbito educativo. A

pesar de que nos interesa el alcance de los estudios culturales en todo el continente americano, nos ubicamos, marcadamente, en el sitio de producción de este proyecto que es la colaboración México-Estados Unidos. Agradecemos el apoyo del fondo uc-Mexus, otorgado conjuntamente por la Universidad de California y el Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología de la República Mexicana. El compromiso de UC-Mexus por el fomento de la colaboración transnacional coincide con nuestro propio deseo de explicitar desde la cultura los sitios de cruce, desfasaje, promesa y conflicto.

I. GENEALOGÍAS

A. Orígenes de los estudios culturales latinoamericanos

Los estudios culturales surgieron como un campo interdisciplinario en el mundo angloparlante en los años cincuenta y sesenta, como parte de un movimiento democratizador de la cultura. En América Latina, el uso del concepto de *estudios culturales* es mucho más reciente. Aunque el concepto parte de la tradición británica, también tiene su origen en una tradición que se remonta a la ensayística del siglo xix y al ensayo crítico del siglo xx. El objeto de este diccionario es revisar la diversidad de temas y enfoques que forman parte de lo que, como término abarcador, se puede llamar *estudios culturales latinoamericanos* a principios del siglo xxi.

Los estudios culturales se presentan como un campo intelectual diverso, interdisciplinario y político. En América Latina la marca de lo político a partir de los años treinta ha sido tradicionalmente marxista y se institucionalizó en 1959 con la revolución cubana y los movimientos revolucionarios de los años sesenta y setenta. Estos movimientos crearon una narrativa continental que imagina a América Latina como unidad y que se ocupa de la relación entre la cultura y los destinos políticos. La marca de lo cultural y –especialmente lo literario– en los movimientos revolucionarios latinoamericanos es notable y marca tanto lo político como lo literario. Aunque las artes no literarias no lograron tener la misma visibilidad mundial que el boom literario, este vínculo entre la política “revolucionaria” y la producción artística, también es muy evidente en obras de teatro, música popular, cine, etc., de la época. Los debates sobre la relación entre literatura y revolución como el originado a causa del caso Padilla en 1971, interpelan a intelectuales y artistas de todo el continente para definirse en términos no sólo intelectuales sino también políticos.

La genealogía de los estudios culturales latinoamericanos es múltiple. Su formación se puede pensar como un proceso de retroalimentación constante entre diferentes grupos de la sociedad civil, modos culturales populares, instituciones culturales, estados nacionales, corrientes de pensamiento internacionales y continentales. Algunos momentos importantes en el desarrollo de los estudios culturales latinoamericanos son:

- 1] la tradición ensayística latinoamericana de los siglos XIX y XX;
- 2] la recepción de los textos de la Escuela de Frankfurt, del Centro para Estudios Culturales Contemporáneos de Birmingham y los del posestructuralismo francés;
- 3] la relación horizontal (sur-sur) con desarrollos intelectuales y proyectos académicos de otras áreas geográficas como los estudios del subalterno y el poscolonialismo;
- 4] el desarrollo de una agenda de investigación en estudios culturales latinoamericanos en Estados Unidos –esta agenda de investigación está relacionada con movimientos sociales de políticas de identidad: feminismo, movimientos chicano y afroamericano, militancia gay y con su importante papel en la incorporación de teoría crítica multidisciplinaria y en su cuestionamiento de cánones y epistemologías– y la importante participación de académicos latinoamericanos que trabajan en las universidades de ese país.

1. La tradición ensayística latinoamericana de los siglos XIX y XX

Los estudios culturales latinoamericanos tienen su origen en la rica tradición ensayística que, como señala Alicia Ríos, sirvió a lo largo de los siglos XIX y XX para debatir temas decisivos como “cuestiones de lo nacional y lo continental, lo rural y lo urbano, la tradición contra la modernidad, memoria e identidad, subjetividad y ciudadanía y, especialmente, el papel de los intelectuales y las instituciones en la formación de discursos y de prácticas sociales, culturales y políticas” (Ríos, “Forerunners”:16). En estos textos se fueron presentando las constelaciones cognoscitivas que según Ríos dominaron el periodo 1820-1960: neocolonialismo, modernidad y modernización, el problema nacional, lo popular, y el eje identidades/alteridades/etnicidades. Un producto del ensayo es la formación de la idea del “hombre público” que participa en las guerras de independencia, en revoluciones como la mexicana, en el gobierno, en la oposición y es también estadista, ensayista, periodista, historiógrafo, poeta, novelista. El ejemplo paradigmático es Domingo Faustino Sarmiento, autor de *Facundo*. En el cambio de siglo, del XIX al XX, se profe-

sionaliza la literatura y el periodismo pero la presencia de la interpretación de la realidad política y social como eje fundamental para la reflexión intelectual perdura hasta nuestros días.

Los estudios culturales latinoamericanos han seguido varias de las líneas de pensamiento o temas de debate de la tradición ensayística continental (la identidad latinoamericana, las idiosincrasias que distinguen la cultura latinoamericana de la europea o la estadounidense, la diferencia racial y el mestizaje, la transculturación y la heterogeneidad, la modernidad, entre otros temas) enfocándose en las figuras más significativas. Algunas de éstas son, en orden cronológico, Andrés Bello, Sarmiento, José Martí, José Enrique Rodó, Manuel González Prado, Alfonso Reyes, Pedro Henríquez Ureña, José Vasconcelos, José Carlos Mariátegui, Fernando Ortiz, Antonio Cândido, Roberto Fernández Retamar, Ángel Rama y Antonio Cornejo Polar. Hay además figuras fundamentales del ensayo en el entorno regional que tienen alcance continental, como son: Ezequiel Martínez Estrada para el Río de la Plata, Octavio Paz para México, Aimé Césaire para el Caribe francófono, Darcy Ribeiro y Gilberto Freyre para Brasil. Si pensamos en la cronología planteada podemos ver claramente una continuidad en cuanto a preocupaciones y temas: desde figuras públicas cuyo campo principal de acción fue la vida política (Sarmiento y Bello) hasta académicos consagrados como Cândido, Rama y Cornejo Polar, quienes sin duda fueron fundadores del pensamiento que subyace los estudios culturales latinoamericanos. Hay que notar que hasta tiempos muy recientes, intelectuales izquierdistas consagrados, como es el caso de Fernando Henrique Cardoso, quien fue presidente de Brasil de 1995 a 2003, han entrado con cierta facilidad en el dominio propiamente político.

Los estudios culturales se presentan siempre como una práctica de intervención política. Los textos ensayísticos latinoamericanos de los autores ya mencionados de los siglos XIX y XX plantearon la necesidad de pensar las diferentes sociedades latinoamericanas desde las relaciones étnicas, las emergentes identidades nacionales y la relación entre modernidad y modernización. Estos textos fundadores crearon una práctica intelectual que podríamos llamar estudios culturales *avant la lettre*, o sea una interrogación multidisciplinaria (la que toma en cuenta perspectivas de historiografía, crítica literaria, estudios de folklore, antropología, ciencias políticas, educación, sociología, etc.) por los modos en que la cultura significa en contextos amplios.

2. La recepción de los textos de la Escuela de Frankfurt, del Centro para Estudios Culturales Contemporáneos de Birmingham y los del posestructuralismo francés

Uno de los puntos más álgidos del debate sobre la validez de los estudios culturales como un emprendimiento intelectual que puede ofrecer recursos interpretativos para la realidad latinoamericana, es su genealogía. Muchos críticos han cuestionado el carácter cosmopolita de los estudios culturales arguyendo que en América Latina los estudios culturales tienen una tradición propia anterior a la importación de los modelos de prácticas de estudios culturales que se originaron en la academia norteamericana los años ochenta y noventa.

Los críticos que a menudo se citan como culturalistas *avant la lettre* –Carlos Altamirano, Carlos Monsiváis, Renato Ortiz, Beatriz Sarlo, entre otros– trabajaron en diálogo con modelos de análisis cultural europeos –principalmente de la Escuela de Frankfurt, el Centro para Estudios Culturales Contemporáneos de Birmingham y el posestructuralismo francés–. Estas tradiciones tuvieron recepciones en diferentes momentos en América Latina y en Estados Unidos –es decir que no llegaron a América Latina por medio de la academia estadounidense–. La apropiación, traducción y reformulación de teorías de la cultura surgidas en la Europa de la posguerra, especialmente los trabajos de la Escuela de Frankfurt (Theodor Adorno, Walter Benjamin, Max Horkheimer), el nuevo marxismo (Louis Althusser, Antonio Gramsci), los estudios culturales británicos (Raymond Williams, Richard Hoggart, Stuart Hall) y el posestructuralismo francés (Michel Foucault, Jacques Lacan) ha sido fundamental para la definición y diseño de proyectos intelectuales en América Latina, igual que otros intelectuales franceses como Roland Barthes, Michel de Certeau, Gilles Deleuze y Pierre Bourdieu. En algunos casos notables, como el de Lacan, la recepción fue anterior y mucho más masiva en América del Sur que en América del Norte.

En contraposición al enfoque en obras de arte de la cultura letrada, los estudios culturales se han enfocado en formas de cultura “baja,” popular y masiva. Heredan de la diáspora intelectual judeo-alemana exiliada del nazismo, la preocupación por el poder de la industria cultural y el interés por analizar nuevos modos de producción cultural, muchas veces con el signo cambiado: si para la Escuela de Frankfurt la industria cultural significaba el final de la originalidad en el arte y la creación de una sociedad masificada sin libertad individual, donde el arte era una mercancía más (Adorno y Horkheimer), los estudios culturales buscarán los espacios de resistencia dentro de la cultura popular y de masas.

Adorno y Horkheimer en un clásico ensayo, “La industria cultural: iluminismo como mistificación de masas” (1944), critican la industria cultural (representada principalmente por Hollywood) por promover una sociedad masificada sin posibilidad de verdadera libertad. Benjamin, por otro lado, en sus

varios escritos, entre ellos la emblemática “La obra de arte en la época de su reproducción mecánica” (1935), muestra más ambivalencia con respecto al marxismo ortodoxo que guía el pensamiento de sus colegas al expresar una urgencia para entender los cambios tecnológicos, posibilitados por la fotografía y otras formas de producción masiva de cultura, anticipando así las actitudes de la escuela británica, la cual rescata la creatividad y la productividad de la cultura popular y de masa como espacio no elitista de expresión.

Los estudios culturales británicos surgen en el contexto de la democratización de la cultura que acompaña la posguerra en ese país. Sus representantes más importantes de esa época –Raymond Williams y Richard Hoggart– provienen de familias obreras y trabajan en institutos terciarios recientemente fundados, donde la mayoría de los estudiantes tiene el mismo origen de clase que ellos. Sin desdeñar la riqueza de la cultura canónica, Williams y Hoggart se preocupan por estudiar las influencias de la cultura popular en la formación de las mentalidades de la clase obrera. El Centro para los Estudios Culturales Contemporáneos de Birmingham, fundado por Richard Hoggart, fue el primer espacio académico donde se trabajó sistemáticamente sobre los estudios culturales. Dos ejes fundamentales para los estudios culturales británicos fueron la industria cultural y el énfasis en la cultura cotidiana de la clase trabajadora siguiendo el modelo para entender esa clase postulada por *The Making of the English Working Class* (1968) del historiador E.P.Thompson. En los años setenta el concepto de hegemonía toma importancia en las teorizaciones de los estudios culturales británicos y, además, se va incorporando un discurso sobre raza, etnicidad y subculturas cuyos representantes más importantes son Paul Gilroy y Stuart Hall. Hall tendrá una influencia fundamental en el trabajo sobre raza, identidad y los medios masivos en los estudios culturales latinoamericanos. A Paul Gilroy le debemos una importante teorización sobre la relación entre literatura y estudios culturales. Según Gilroy “la categoría de literatura nombra el capital cultural de la antigua burguesía” (CC x) y en ese sentido es un constructo cultural tan arbitrario como la cultura popular. La línea culturalista de Birmingham tuvo gran impacto en la sociología, la antropología y los estudios literarios en América Latina.

La línea posestructuralista de los estudios culturales surge de la lingüística, de los estudios literarios y de la semiótica y se inspira en el trabajo de Louis Althusser (teorización sobre los mecanismos sociales de la ideología), de Roland Barthes (lecturas de los sistemas semióticos empleados por modos diversos de expresión cultural: fotografía, propaganda comercial, industria de la moda, etc.), de Jacques Lacan (expansión del psicoanálisis freudiano con enfoque en el papel central del lenguaje en la constitución del sujeto y el pensamiento en general) y de Michel Foucault (estudios importantes sobre

los mecanismos del poder y su relación con el saber). Esta línea concibe la cultura como discursos semiautónomos que son susceptibles a análisis ideológicos. Otras figuras francesas de importancia que dan forma a los estudios culturales latinoamericanos, aunque no necesariamente identificadas con el posestructuralismo, son Michel de Certeau (las tácticas no obedientes a las maniobras de las instituciones hegemónicas de los individuos en la vida cotidiana), Gilles Deleuze (teorías sobre conceptos como la desterritorialización y la esquizofrenia, y del rizoma como modelo de pensamiento) y Pierre Bourdieu (estudios sobre las relaciones entre las estructuras sociales y las prácticas de los sujetos que operan dentro de ellas).

3. La relación vertical (sur-sur) con desarrollos intelectuales y proyectos académicos de otras áreas geográficas como los estudios del subalterno y el poscolonialismo

En su libro *Orientalismo* (1978) el palestino Edward Said incorpora elementos de las líneas británicas y francesas en un estudio de los modos en que la cultura europea crea un discurso sobre el Oriente que la ilumina como avanzada, moderna y racional en oposición a una alteridad feminizada, brutalizada y siempre subalterna. El trabajo de Said es seminal para dos campos que se consideran fundamentales dentro de los estudios culturales: el poscolonialismo y los estudios del subalterno. En *Orientalismo* Said muestra la creación de un repertorio de discursos de diferentes registros – literarios, políticos, filosóficos, burocráticos – que funcionan de manera interdependiente para crear al Oriente como una unidad discursiva inteligible que, a la vez, funciona como un espejo que refleja una Europa racional y triunfante. El concepto gramsciano de hegemonía es central en este estudio y es presentado por Said como parte de una dimensión personal, a través de una cita de los *Cuadernos de la prisión* que Said traduce del italiano ya que está ausente de la versión inglesa del texto:

“El punto de partida para la elaboración crítica es la conciencia de lo que uno es en realidad y que “el conocerse a sí mismo” es un producto de los procesos históricos que han depositado en uno una infinidad de marcas sin dejar un inventario

La subjetividad inherente a la tarea investigativa es fundamental para los intelectuales que en los decenios de los sesenta y setenta piensan la realidad del tercer mundo desde las diferentes áreas geográficas y también desde los centros metropolitanos diaspóricos. Los parteaguas políticos que dan un puntapié ini

cial a este esfuerzo intelectual son la Revolución cubana, la Guerra de Argelia y la descolonización en África. La publicación de las obras de Aimé Césaire, Franz Fanon y Albert Memmi, nacidos en colonias francesas, propician un diálogo intelectual sobre los efectos de la colonización y los modos de resistencia. Fanon es quien más eco tendrá en América Latina. Su ensayo *Pieles negras, máscaras blancas* (1952) es un incisivo estudio sobre los efectos psicológicos de la colonización basado en su experiencia como psicoanalista. En *Los condenados de la tierra*, publicado en 1961 en París con introducción de Jean Paul Sartre, Fanon presenta al racismo como una forma de subyugación de occidente a la que el colonizado sólo puede responder de manera violenta. Estos dos libros fungieron como manifiestos a la vez que de textos teóricos para una generación de intelectuales que vivió lo político y lo intelectual como indivisible.

Lo poscolonial surge como rama de los estudios culturales en la academia estadounidense recogiendo una serie de preocupaciones y textos surgidos en África, Asia, Caribe y América Latina en los años. Funcionan como materia prima para elaboraciones teóricas de una serie de pensadores del tercer mundo educados en instituciones de élite del primer mundo y empleados por universidades estadounidenses como Gayatri Chakravorty Spivak, Homi Bhabha y Edward Said. Estos autores combinan enseñanzas de las Escuelas de Birmingham y del posestructuralismo francés incorporando a sus trabajos la obra de Derrida (Spivak), de Lacan (Bhabha) y de Foucault (Said).

Considerados a veces como parte de los estudios poscoloniales, los estudios del subalterno surgen como trabajo colectivo de un grupo de historiadores de formación gramsciana en el sudeste asiático que estudian a contrapelo la historia de los subalternos para construir una nueva lectura de la relación entre hegemonía y subalternidad. Los trabajos de Ranajit Guha, Gayatri Spivak y Gyan Prakash fueron fundamentales como contrapunto para pensar la posibilidad de crear un grupo de estudios subalternos latinoamericanos, proyecto liderado por John Beverley e Ileana Rodríguez que se originó en la academia estadounidense después de la derrota sandinista (véase Grupo Latinoamericano de Estudios Subalternos). El subalternismo tuvo eco en las áreas menos estudiadas desde los campos tradicionales de los estudios literarios y la historia del arte, como el área andina y Centroamérica, con enfoque particular en la expresión indígena y el género del testimonio.

4. El desarrollo de una agenda de investigación en estudios culturales latinoamericanos en Estados Unidos y la participación importante de académicos latinoamericanos que trabajan en las universidades mexicanas y estadounidenses

Entre 1996 y 1997 la revista británica *Journal of Latin American Cultural Studies* realizó una serie de entrevistas a intelectuales latinoamericanos que cultivaban prácticas de investigación y escritura adscritas, en términos generales, a los estudios culturales. Estos intelectuales, casi sin excepción, declaran que su praxis es culturalista *avant la leerte*, o sea, que están realizando un tipo de investigación dentro de agendas de investigación nacionales (“estaba haciendo historia de las ideas” dice Sarlo: “Cultural Studies Questionnaire”:85) o independientemente de programas estadounidenses (“me involucré en los estudios culturales antes de saber cómo se llamaban” dice Néstor García Canclini: “Cultural Studies Questionnaire”: 86). Quizá el malestar que producen a menudo los estudios culturales como práctica intelectual que se percibe como “importada” o “extranjera” tiene menos que ver con su génesis o sus textos fundacionales que con su organización disciplinar que se realizó indudablemente en los Estados Unidos. En ese sentido la queja que se escucha a menudo por parte de intelectuales latinoamericanos –“nosotros ya hacíamos estudios culturales antes de que se pusieran de moda en Estados Unidos”– no sólo es sostenible sino también ampliamente justificada. Como indica Jean Franco, “los discursos metropolitanos sobre el tercer mundo han adaptado generalmente una de tres operaciones: “1] *exclusión* --el tercer mundo es irrelevante a la teoría; 2] *discriminación*—el tercer mundo es irracional y por consiguiente está subordinada al conocimiento racional producido por la metrópolis; y 3] *reconocimiento* – el tercer mundo es únicamente visto como el lugar de lo instintivo (“Beyond Ethnocentrism”: 504).” De hecho, los estudios culturales latinoamericanos son organizados como tales en la academia estadounidense en diálogo con los estudios culturales anglófilos, el posestructuralismo francés, el poscolonialismo, los estudios del subalterno y una serie de movimientos locales surgidos de los movimientos de derechos civiles de los años sesenta como son los programas de estudios chicanos, afro-americanos, *queer*, de género, asiático-americanos, etc. Si bien el rótulo de estudios culturales latinoamericanos es una etiqueta de origen estadounidense, la plétora de investigaciones realizadas bajo esa rúbrica representa toda la diversidad y riqueza del hemisferio.

Gran parte del ímpetu detrás de la creación de los estudios culturales latinoamericanos procede de una importante diáspora intelectual latinoamericana en la academia estadounidense. Con una influencia parecida a la de otras diásporas, en otros momentos fundacionales de los estudios culturales (la diáspora judeo-alemana y su interés por la industria cultural en los años cuarenta, la diáspora caribeña y su desarrollo de los fundamentos de la teoría poscolonial en los años sesenta), los intelectuales latinoamericanos exiliados por razones políticas o transterrados por razones económicas cambiaron el

modo de pensar lo latinoamericano en los Estados Unidos. Estos intelectuales llevaron consigo una formación intelectual en la cual la relación entre prácticas textuales y prácticas políticas era indivisible. Socavaron la visión de América Latina como una subárea de los estudios ibéricos, rechazaron la ideología imperialista y anticomunista que fomentaba los estudios de área (como señalan Gilbert Joseph, Catherine Legrand y Ricardo Salvatore en *Close Encounters of Empire* (1998), el origen de los estudios latinoamericanos como disciplina académica de la Latin American Studies Association como sociedad profesional, están teñidos de una enorme preocupación imperialista y anticomunista que dominó la escena política de los Estados Unidos durante la guerra fría) e introdujeron un modo de concebir la cultura como proceso interactivo con la sociedad y como medio fundamental tanto de control hegemónico como de resistencia. En los Estados Unidos, Canadá y México muchos de ellos se encontraron por primera vez con la posibilidad concreta de pensar América Latina como unidad en colaboración con colegas de otros países.

B. Los estudios culturales en México

Gracias a la relativa estabilidad ofrecida desde los 1920 por el sistema de partido único y el compromiso del PRI con la cultura nacional, México propició y fortaleció un sistema de promoción y apoyo a la cultura sin comparación en América Latina. A diferencia de otras “ciudades letradas” como Buenos Aires y Lima, la ciudad de México, después del final de la Revolución, no tuvo interrupciones importantes o cambios de giro fundamentales en la política cultural, condición que se refleja igualmente en las instituciones culturales de la provincia. La infraestructura gubernamental de fomento cultural –que apoya los museos, la literatura, la arqueología, el turismo, la danza, los festivales regionales, el teatro, la historiografía, etc.– ha sido históricamente la más amplia y fuerte de América Latina. Desde la época de José Vasconcelos el Estado mexicano ha fomentado la producción cultural al involucrar a artistas prominentes (muralistas, poetas, etc.) en sus diversos proyectos de gestión cultural; también ha invertido muchísimo en la preservación del patrimonio nacional en museos, archivos y publicaciones. La cultura en México está fuertemente promovida por programas educativos, becas, subvenciones, premios, publicaciones, festivales, etc., todos apoyados por agencias gubernamentales (Instituto Nacional de Antropología e Historia, Fondo de Cultura Económica, Instituto Nacional de Bellas Artes, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes) en espacios comerciales, pedagógicos, investigativos, festivos y turísticos, entre otros. La política cultural (para con el cine, el arte, la